

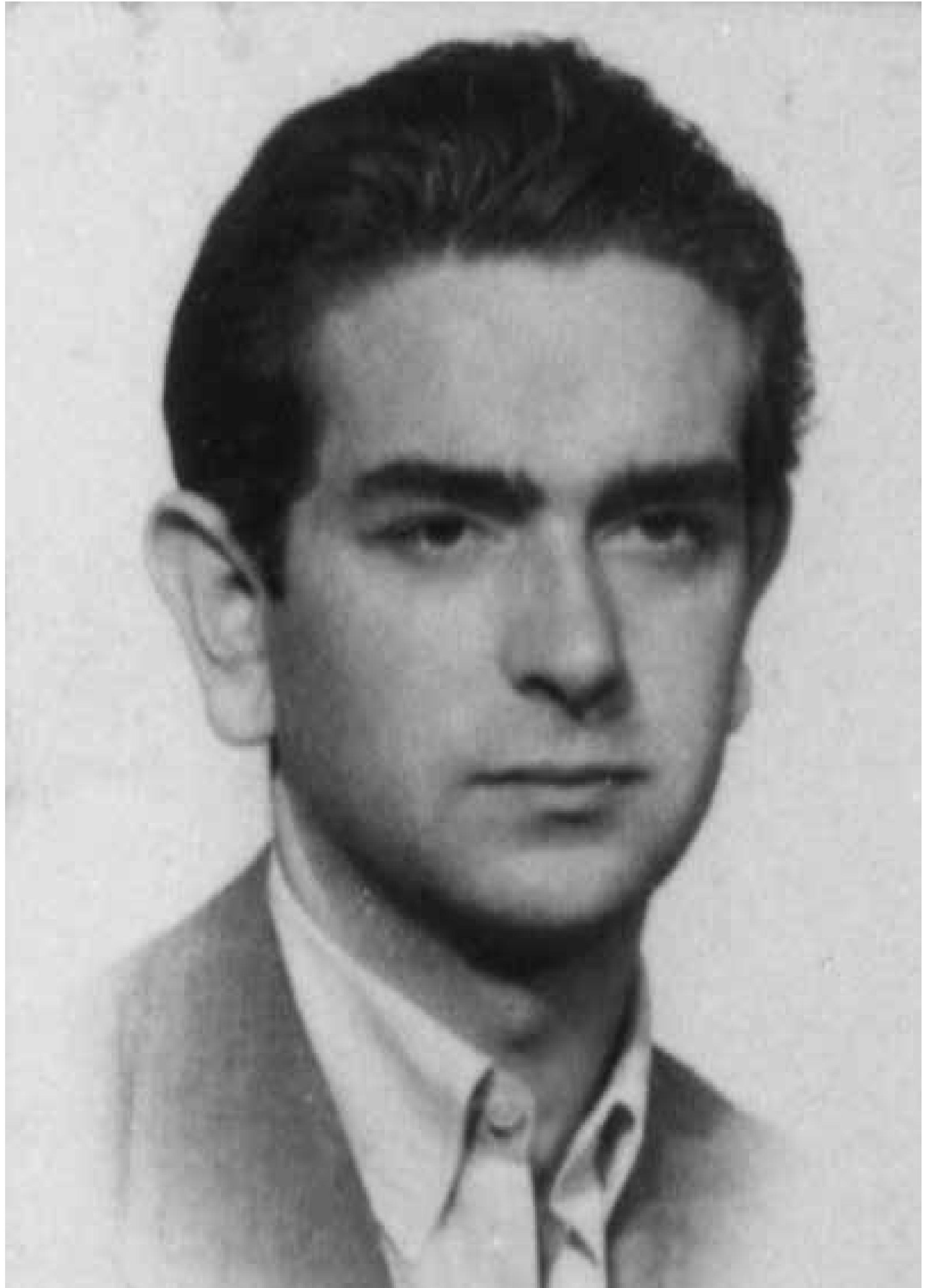
IGNACIO ALDECOA

EL OFICIO DE ESCRIBIR

EXPOSICIÓN TEMPORAL

18 / 12 / 2025
14 / 06 / 2026

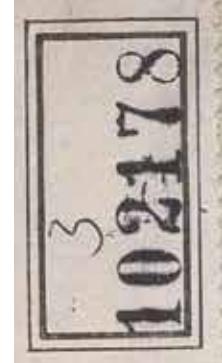
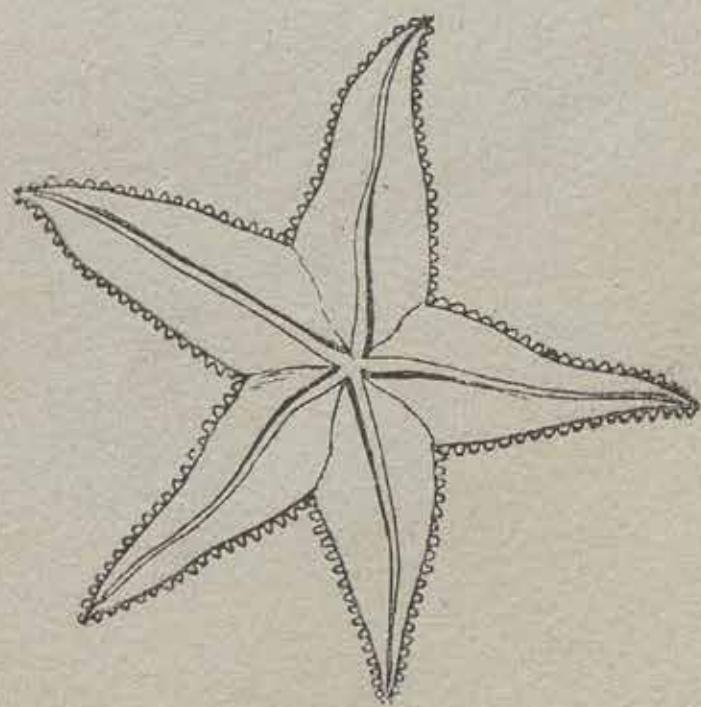
EN JULIO DE 2025 SE HAN CUMPLIDO LOS CIEN AÑOS del nacimiento de Ignacio Aldecoa (Vitoria, 1925 - Madrid, 1969), uno de los más destacados escritores de la llamada «generación de los 50» y, sin duda, uno de los grandes maestros de la novela y del cuento moderno en lengua española, al que se dedica la exposición *Ignacio Aldecoa. El oficio de escribir*.



Ignacio Aldecoa, compañero de universidad
de Carmen Martín Gaite. ACMG, 81,156.

JOSE IGNACIO DE ALDECOA

LIBRO DE LAS ALGAS



MADRID
1949

Libro de las algas,
Madrid : [s.n.], 1949.
BNE, 3/102178.

Su temprana vocación se fue consolidando durante su etapa universitaria –primero en Salamanca, y más tarde en Madrid–, que fue cuando comenzó a colaborar en revistas y periódicos de diferente alcance. Sus primeros trabajos aparecieron en la revista *Cátedra*, de Salamanca, y el diario *Imperio*, de Zamora. A su llegada a Madrid, colaboró en la revista *Industria, comercio y alimentación* comentando libros clásicos de cocina. Pronto decidió dedicarse a la escritura como tarea de vida, dando sus primeros pasos como poeta en la órbita del movimiento postista, con la publicación de dos poemarios –*Libro de las algas* (1947) y *Todavía la vida* (1949). En narrativa destaca con una voz propia y original, capaz de construir universos de ficción que reflejan con agudeza la realidad que le rodea, a la vez que la trascienden. Esa realidad “cruda y tierna”, pero también “triste”, es observada en unos protagonistas a los que no se les priva de su singularidad pero que se convierten en símbolos de la lucha incesante del ser humano por afrontar con dignidad su destino.

Los últimos años de la década del 40 y los primeros de la del 50 serán años de una intensa producción cuentística –más de 50 relatos entre 1948 y 1956– que se prolongará hasta el momento de su fallecimiento en 1969. Esta extensa producción, aparecida en revistas como *La Hora*, *Correo literario*, *Juventud*, *Guía*, *Alcalá o El Español*, y en periódicos como *Arriba*, será recogida en 8 libros. Son casi un centenar de excelentes relatos que están a la altura de los mejores cuentos españoles del siglo XX.

... Y AQUI, UN POCO DE HUMO (CUENTO)

Por IGNACIO ALDECOA

Merendar con doña Ricarda fué siempre divertido. Doña Ricarda tomaba su manzana asada, sobrante del postre de la comida, con modales declinomónicos; luego se olvidaba de los modales y chupaba los pellejos hasta dejarlos transparentes. Andrés la contemplaba entusiasmado haciendo bailar la pierna derecha, apoyada la punta del pie en el traveso de la mesa, esperando que, como una vez sucedió, se le cayera la dentadura postiza. Doña Ricarda decía:

—Come, Andrésito, y estate quieto, que parece que tienes el halle de San Vito.

Andrés comía su pan con miel haciendo que miraba los blocaos de la guerra de Cuba con soldados barbudos en el torno de *La Ilustración Iberoamericana*, rigurosamente encuadrado, abierto sobre la mesa. Pero a Andrés no le interesaban los blocaos: a hurtadillas observaba a doña Ricarda.

Después del pan con miel venían las nueces. Los chicos, decía doña Ricarda, para hacerse fuertes, tienen que desayunar café y leche con sopas como los bilbainos, comer habas con tocino y filetes de cebón con patatas fritas como los lenadores, merendar pan con miel y nueces como los fraldas y las ardillas, y cenar puerros, un huevo duro y chocolate hecho como los centenarios. Si, esto decía doña Ricarda, anciana culta, ordenada y generosa.

Doña Ricarda vivía con su hijo Prudencio, empleado en un Ministerio hacia treinta años, y una sirvienta muy joven llamada Tomasa nacida en Cernigüela, por tierras del Cid. Andrés era vecino y, en vacaciones, sus padres le dejaban pasar a hacer compañía a doña Ricarda. Andrés entraba a punto de hacer el ingreso en el bachillerato iba a un colegio donde enseñaban muy bien Religión, Geografía, Historia, Aritmética y Fútbol. Andrés era feliz en casa de doña Ricarda.

Doña Ricarda al término de la merienda contaba historias. Andrés cerraba *La Ilustración Iberoamericana*, llena de migas y pegotes de miel, y se quedaba con la boca abierta. Las historias de doña Ricarda eran de guerra, de miedo y de resignación. Hablaba de las guerras carlistas, de las de África, Cuba y Filipinas, de la de los alemanes y los soldados del Tigre; hablaba de la muerte de cómo la muerte llama a las casas cuando quiere entrar o deslizarse tal que un gato o que el viento; hablaba de la resignación que hay que tener si a uno le salen mal las cosas o nunca le toca la lotería o pierde un ser muy querido. Andrés, en casa de doña Ricarda, sentía que todo era mágico, inquietante, misterioso.

El pan con miel y las nueces, acompañados de brasero, de agua con azúcar y del bisibiseo de doña Ricarda, en trance de oración, antes de las historias, sabe a antiguo con un sabor de desvalimiento y ternura, tiene calor de regazo. Andrés se acurruga en sí mismo. Andrés imagina que a los franceses los manda un tigre con cabeza de hombre, que África, Cuba y Filipinas son países donde los españoles matan monos y comen platánanos, que las guerras carlistas son una carrera sin parada, de un lado a otro, con un fusil, una manta y unas alpargatas de repuesto. La muerte es una señora muy alta, muy alta, muy delgada, muy delicada, vestida de negro y apoyada en un bastón con pufo de muletilla que le sirve para llamar en las puertas. A la muerte dedicaba cada sesión doña Ricarda cosa de un cuarto de hora.

—La muerte—decía doña Ricarda—se las sabe todas. Inventan los médicos, por ejemplo, un medicamento contra la gripe, pues mira, Andrésito, la muerte saca a relucir la disentería. En Cuba mató más de los nuestros la disentería, que es un cólico muy fuerte, que los mambises.

—¿Quiénes eran los mambises? —interrumpía Andrés.

Doña Ricarda explicaba teófógicamente quiénes eran los mambises.

—Los mambises, hijo mío, eran los propios diablos salidos de los infiernos, a los que Dios permitía luchar contra los españoles para probarnos.

El niño hacia con gravedad afirmaciones de cabeza.

—La muerte—según doña Ricarda—llega a la puerta de esta casa, mira si hay signos pintados en la pared. ¿Tú no pintarás en el portal, verdad Andrésito?

—No, no, doña Ricarda.

—Bueno, la muerte ve si hay signos. Si los hay sube por las escaleras. Se para en el primer piso. Nada. Sigue subiendo. Se para en el segundo. Nada. Sigue subiendo. Se para en el tercero...

El niño le impregnaba aterrador.

—Doña Ricarda, en el tercero no, que vivimos nosotros.

—Pero, hijo, la muerte se para en todos los pisos—hacía una pausa—. Bien. Bien, en el tercero, nada. Sigue subiendo. ¿Qué en toda la casa no hay signos como los del portal? Pues se escapa por el tejado en forma de humo. Y a otra casa. Y así desde el principio de los siglos hasta el día del juicio final.

—¿Y si hay signos?—preguntaba Andrés en voz baja y secretera.

—Si hay signos en un piso llama a la puerta con su bastón. Si da un golpe es que pasado un día, a la una de la mañana morirá alguien en aquel cuarto. Si da dos golpes es que visitará la casa dos veces ese año: una por el otoño y otra a finales de invierno.

—Doña Ricarda, si los que vienen en la casa no la quieren recibir, cierran las puertas y ventanas y no abren a nadie aunque llamen?

Doña Ricarda movía la cabeza a un lado y a otro y, patéticamente, aseguraba.

—Intúit. La muerte se metería como una carta por debajo de la puerta.

Tomasa, la sirvienta, se pasaba el día a la escucha. Por el ventanuco de la cocina vigilaba quiénes subían y bajaban las escaleras. Por eso Tomasa fué a anunciar, a la habitación donde Andrés y doña Ricarda hablaban de la muerte, la llegada de los padres de éste.

—Doña Ricarda, los padres del...—titubeó—del señorito Andrés ya están aquí.

—Bien.

Andrés se subió las medias, que había bajado por el calor del brasero.

—Doña Ricarda, voy, pero vuelvo en seguida.

—Bueno, Andrésito.

—Adiós, doña Ricarda.

El niño salió corriendo. Se oyó descorrer un cerrojo. Después el ruido de la puerta.

—Tomasa—dijo doña Ricarda—, quite todo esto, ciérre la puerta y pongáse a planchar.

—Sí señora.

Doña Ricarda sacó un libro de rezos de entre sus faldas y se colocó las gafas.

* * *

El reloj de la mesilla de noche, en el silencio de la habitación, crispaba al enfermo. Andrés tenía fiebre alta. Tic, uno, tac, dos, tic, tres, tac, cuatro... La lámpara arrojaba una luz de crepúsculo, de pequeño crepúsculo, colocada en el suelo, a los pies de la cama. El niño estaba desazonado. Tic, uno, tac, dos, tic, tres...

—Mamá, mamá...

—¿Qué, hijito? Estoy aquí.

—Llévate ese reloj. Me da miedo.

—¡Qué te da miedo!

—Sí, mamá, las pisadas del reloj... Llévatelo...

La madre cogió el reloj y salió de la alcoba. En el pasillo se topó con su marido.

—¿Qué, Esther? ¿Por qué grita el niño?

—Está delirando. Dice que oye las pisadas del reloj.

El padre inclinó la cabeza.

—La muerte—decía doña Ricarda—se las sabe todas. Inventan los médicos, por ejemplo, un medicamento contra la gripe, pues mira, Andrésito, la muerte saca a relucir la disentería. En Cuba mató más de los nuestros la disentería, que es un cólico muy fuerte, que los mambises.

—¿Quiénes eran los mambises? —interrumpía Andrés.

Doña Ricarda explicaba teófógicamente quiénes eran los mambises.

—Los mambises, hijo mío, eran los propios diablos salidos de los infiernos, a los que Dios permitía luchar contra los españoles para probarnos.

El niño hacia con gravedad afirmaciones de cabeza.



Bonitas Navidades con el niño así.

—No te preocupes, Miguel, ya se pondrá bueno.

El padre se asomó a la alcoba. El niño estaba medio amodorrado. Entró. Le pasó la mano por la frente. Andrés abrió los ojos.

—Papá, me duele aquí.

—Descansa, hijo. Dentro de dos días estarás bueno.

—Papá, llama a doña Ricarda.

Dijo que venía a verla.

—Sí, hijo. Ahora se lo diré.

—Dile que me traiga *La Ilustración*.

—Duérmete. En cuanto te duermas pasa a avisarla.

Miguel besó a su hijo. En la puerta echó con su mujer.

—Le ha subido la calentura. Quiere que avisemos a doña Ricarda.

—Yo iré.

La puerta fué cerrada con sigilo. Andrés lloraba silenciosa, dolorosamente.

Lágrimas grandes, espaciadas, como gotas primeras de tormenta, mojaban su almohada. Luego dejó de llorar. Pasó el tiempo.

Andrés despertó de pronto. En la puerta había sonado un golpe. La madre salió de la habitación. Andrés gritó. Andrés se tapó la cara con el embozo de la sábana.

—Mamá, no abras. Mamá, no abras.

La madre abrió la puerta.

—Ah! ¿es usted, doña Ricarda?, creí que era la muchacha. Ha salido hace un rato a la farmacia y todavía no ha vuelto.

—¿Qué tal Andrésito? El timbre de esta puerta no funciona.

—Andrés no está nada bien. Pero pase.

En su habitación, Andrés observaba por un huequillo de las sábanas.

Vio entrar a doña Ricarda, alta, erguida, vestida de negro, apoyada en su bastón con pufo de muletilla.

Traía *La Ilustración Iberoamericana* debajo del bazo. No era la muerte. No podía ser la muerte. Nunca pudo imaginar que doña Ricarda se pareciese tanto a la muerte.

—Andrésito, ¿qué tal estás? Te traigo *La Ilustración*.

Andrés sonrió.

—No hay signos en la puerta.

A doña Ricarda se le olvidaban las cosas que contaba a Andrés.

—¿Qué dices, Andrésito, hijo?

—Que no hay signos.

La madre intervino.

—Descansa, Andrés.

Luego le arregló la cama y salió con doña Ricarda.

Andrés hundió la cabeza en la almohada y se quedó dormido.

* * *

Fueron unas Navidades sin Nacimiento las de Andrés. La víspera de Reyes, a mediodía, se levantó de la cama. Anduvo por el pasillo, vacilante. Dijo dos o tres veces que se le había olvidado andar. Fué al recibidor y pegó la frente al cristal empapado de la ventana. La madre le regañó. El pasó la mano por el cristal y vió la calle. No había nieve. Vió los árboles cercanos brillando al sol. Vió un día frío y luminoso. Vió un gorrón dando saltitos por el bordillo de la acera. Vió pasar un automóvil. Despues se sentó a plomo en un sillón.

Llegó su padre. Le besó. Le guiñó confidencial un ojo.

—Andrés, mañana son Reyes. Tú me dirás lo que quieras.

—Comprame una pistola de corcho explosivo. Comprame una navaja de explorador. Comprame, también, unos mapas de calcar que he visto en...

—Esta tarde saldré a comprarlos.

Andrés comió en la mesa. Comió desganado. La costaba tragar la comida. A los postres la madre le dijo.

—Si quieres pasar esta tarde a ver a doña Ricarda lo puedes hacer, siempre que te abrigues mucho. En la escalera hace frío.

El niño afirmó vagamente, pero por la tarde tuvo sueño y se acostó. Al despertar se sorprendió con su padre.

—Aquí tienes lo que me has pedido. Los mapas, la navaja de explorador, la pistola y estos libros de aviones que yo añadí.

—Gracias, papá.

Andrés ordenó los regalos sobre la cama. Los contempló. Luego cogió un libro y lo abrió. Leyó: «Whisky Dick, si no era por todos conceptos una escuela irreprochable, era, por lo menos, un excelente ilustrado». Metió la pistola bajo la almohada. Abrió la navaja por su hoja, más grande. «Whisky Dick, sacando su tabaco de mascar...» Andrés se estiró plácidamente en su cama.

Llevaba mediada la novela cuando su madre le trajo el café con leche de la cena. Pasada media hora le apagó la luz. Andrés tardó mucho en dormirse pensando en Whisky Dick y en el Vado del Diablos.

—Era de Reyes por la tarde, Andrés fué a visitar a doña Ricarda.

Doña Ricarda le felicitó por su establecimiento. Le encontró más delgado. Opinó que había crecido.

—Has dado un estiron, hijo. Esto hecho un hombre.

Luego añadió.

—¿Qué te han echado los Reyes?

Y sin dejar de responder, continuó.

—Aquí también han venido. Algo te han traído. Tomasa, traiga lo que han dejado los Reyes.

Los Reyes habían dejado para

Andrés un juego de arquitectura y dos libros: *Los tres hermanos de la Talanquera* y *Lecturas para niños*.

—Te gustan?—le preguntó doña Ricarda.

Andrés no tuvo más remedio que contestar:

—Sí, doña Ricarda.

—Bueno, bien. Pues como ya es muy tarde, vamos a merendar. Tomasa, la merienda.

Merendar con doña Ricarda no fué divertido. Merendar frutas en almíbar, turron y un vaso de leche.

</div

LAS CUATRO BALADAS EXTRAÑAS

CRONICA GEOGRAFICA E INGENUA PARA SOÑADORES

Por Ignacio de ALDECOA

Fué así: cuatro juglares venturoso, andarines, cardinales y locos, tropezaron sus vidas en la "Venta de Paja, vinos y comidas" de Pascual Millán, en el cogollo de la Bureba. Venían: el uno, de la temblorosa Galicia, disfrazado de afilador; con una araña gigante disimulada en la rueda del oficio; otro, del rincón bastanés, romántico y esquivo, con cinco medias tunas de haces y un guardián patriarcal; el tercero, de la aventura levantina, fingiendo mago, con un alto costal a las espaldas hinchadas de buloneras y de chapaletrinas; el último, de los chazos quemados en miseras de Carmona —en la baja Andalucía— a las fiestas bravas y nacionales de Navarra, Irún y Jaculator, con la caja de limpibobitas en bandolera de indisciplina.

Los cuatro juglares eligieron una mesa sacramental y nervada de fregones, a la orilla del porticillo, cara al campo, cara a la plenitud de la tierra; los cuatro pidieron, sacerdotiales en su pobreza, pan y vino. Después, de sus surriones camineros sacaron la compañía; lardo sacó el gallego, un tocado de acidez; queso el bastanés, reseco de ahorros; palabras el mago, florido de gorroneadas; y cebollas el andaluz, por frugalidad exótica. Y comieron y hablaron.

Pascual Millán les sirvió un azumbe de vino y una hogaza. Y se contaron sus vidas hasta el atardecer.

Hablaban, como un tránsiego de buen vino, el afilador, que contaba sus desdichas por hijos y sus esperanzas por clementes de maíz. Joven había salido de su tierra a las Américas y tronchado mitad a trabajar, sin más de unos miles de reales en el fondo del baúl; miles de reales que pronto se convirtieron cuatro bocas que le esperaban, tras las faldas de una mujerica, que parecía hecha de fierro. Harto y desengañado, mejor que engañado, se fui por los caminos con el diminuto juego de infierno de la rueda del afilar; y allí estaba, digno y pobre, recordando para los compañeros hechos y palabras americanas de sonido metálico.

Se distendía en conjunciones el bilingüe segador, apenas entendido y apenas lógico, hasta que se calló, quién sabe si de lo terriblemente que tenía los ojos.

El bulonero hablaba de todo, conocía de todo; hablaba de Portugal, y de África, y de Cataluña. Contaba que su padre fué un hombre de dinero, que se lo había gastado, que la volvió a ganar, que la volvió a perder. Contaba, con palabras caídas en los periódicos, sus viajes, sus negocios, sus enamoramientos. El limpibobito le miraba fijamente, acombrado, y descanso que terminase para echar su pañuelo. Pero hacía calor y el tictoco pesaba y el vino era dormilón y las palabras pirotécnicas no encontraban su lugar.

El juglar gallego se quedó dormido, abrándose la cabeza, temeroso de que se la rasbasen; el juglar bastanés se echó hacia atrás, la gorra sobre los ojos, la boca entreabierta, la nariz como una cara turbina absorbiendo el aire, y el cuello curtido, maduro, tendido como un hoz, bueno para sus hoces y quindña. Despues de un rato, el mago se tumbó en el banco, cara a la pared, apoyada la cabeza sobre su morral, hundiéndose el cuerpo en su blusón ocardiellado. Por fin, el limpibobito, sólo una libélula suave, se saltó a la sombra de los áboles y echarse desesperadamente sobre el tejo, importándole poco la cierta humedad de la tierra, adolescente el estío todavía.

Los cuatro juglares soñaban. El afilador, abigarradamente, con resplandores siniestros de tormenta, con bonanitas llenas de velocidad en las altas montañas; se le iba el sueño, hacia abajo, de leyendas de su primera edad, de monstruos de su infancia hambruna y apaleada. Soñaba el bastanés lúdicamente, con caro de bicho, algo dulce y bravo de chiste y de danza. Rapinador encuelto, ocultando, se le iba la siesta al bulonero por los paquetes de mercachifleras, por las columnas de monedas, por los castillos de billetes, nuevos, falsos, poderosos y amigos del recelo.

El insecto despreocupado, dormido a pierna suelta, charlaba y alborotaba.

De aquellos cuatro sueños se despertaron pocas cosas: un sobresalto, un minimo frunce de las comisuras labiales, la contracción de una mano, el tecleo instantáneo de unos dedos. No había ningún misterio, sería mentir el afirmarlo, no hubo ningún cambio que prefigurase algo nuevo, aunque remoto, que se acercara o al que nos asomásemos; no hubo ni el correr de un gato, ni la fecundación de una mosca; ni el estampido del canto de un gallo, ni siquiera la precisa expansión fecal de un gorrioncillo. Todo quedó encantado, como en los cuentos honrados e infantiles; todo quedó fijado por un soplo, tal vez por una lámpara, en un solo momento. Y así surgieron cuatro extrañas baladas.

El escritor, más por orden literario que por necesidad, "El murciélagos azul" a la primera. Y es así:

Creo que me senté en un taburete, junto al perro; mi abuelo siempre ocupaba el lugar cercano al gato. En el lar había buena lumbre de matos y seco. Lloría a cántoros. A mí me gustaba oír la lluvia desde el buhardillón, que nos servía de granero; pero me agraciaba más oírlo. No me dejaban subir allí, porque allí quedaban las manzanas y temían que me comiera alguna.

Estaba atordecido. Me habían encargado que cuidara el pucherillo. Mi abuelo, dormía o no dormía, ¡qué sé yo! Tenía los ojos cerrados. Los ojos de mi abuelo eran legaos y atroces, parecían ulceras de las que

se hacen en las manos con el frío y el estío. No tenía pestanas, y el rojo vivo de los párpados contrastaba con la casi falta de color de los ojos, siempre cerrados; por eso nunca se sabía si dormía o no dormía; y éste era por entonces la mayoría de los días: mi problema.

Era un gallegazo que se echó a los carlistas a los diecisiete años y que luego hizo la guerra de Cuba porque le dió la gana, pasada ya la cuarentena. Nunca salió de pobres; hablaba poco y mal; quiero decir que blasfemaba.

Se me estaban viendo los pies hacia el granero, y me fui. Yo, entonces, hacia lo que me daba la gana y pensaba que siempre lo podría hacer. ¡Qué equivocado estaba!

En el granero, lo primero que hacia era descalzarme, luego me echaba sobre el trigo y empezaba a jugarlo, con los pies. Me divertía.

Por el ventanuco se veía llover y un aroma cereal y húmedo me embargaba. Debajo de las tejas, entre las vigas, había infinitud de murciélagos.

Un amigo mío, que ahora tiene una buena lucienda en Puebla, me contó un día que en el mundo hay un solo murciélagos azul, y que aquél lo conseguiese tendría fortuna y bendición. No sé por qué me dió por eso, y pienso si será la luz del atardecer o si tal vez fuera mi codicia; lo cierto es que me puse a buscarlo y lo encontré.

Andaba yo revolviendo con las manos bajo las tejas, nervioso y dominado, por lo que hice multitud de goteras, que mis buenas pajas me costaron. Saltan los murciélagos dando gritos y pegaditos, que iba echando en un capazo, pero aquello era aburrido y cansado y hasta digo lúgubre. Unas veces tenía la impresión de que contaba dientes, y otras, de que contaba ojos; el vino, ya se sabe, hace esto y mucho más. Eramos tres lapidarios de juguete, tres bellacos jugando a la fortuna falsa de aquellos cristales.

El consorcio, el tabaco, lo antes dicho, me adormilaban; y, paradójico, me sentía más ligero y creí que hasta alado.

Estaba solo. La habitación era una esmeril-

La habitación de aquella posada los compartía con dos compañeros del oficio. Era alta, largada y queda; digo con esto que no poseía ventana para oír ruidos, ni puerta con montante de cristal para escuchar canciones serviles del pasillo. La habitación gozaba de una soledad de lugar en aquella casa, que yo siempre he de agradecer al arquitecto. La habitación estaba pintada al temple, de color ocre, y con una trepa azul de bastante mal gusto. Dormíamos en camastros. Teníamos lavabo, un lavabo parecido a un insecto y miles de insectos parecidos al lavabo, que trabajaban como él y que pastían con un marcado tono negrozoso; y un gigantesco crucifijo y dos sillazos, la una sana y la otra quebrada.

Aquella noche salimos los tres a formalizar un trato con un oficial vizirero, que nos iba a vender piedras de Bohemia procedentes del kurt. Le compramos tres bolsones de piedras metálicas, en los que abundaban las esmeraldas. Luego formalizamos el trato mediante unas copitas que se sirvió pagar.

Discutimos, según costumbre entre nosotros, si cómo se haría la repartición. Sí que las piedras mezcladas son de difícil cuenta, y por eso les dije a mis compinches que lo mejor era que yo me quedase con las esmeraldas, abonándoles a ellos la diferencia en peso.

Y nos pusimos a separar las esmeraldas de las otras piedras. Yo llevaba la cuenta, por entretenerte, de las piedras, que iba echando en un capazo, pero aquello era aburrido y cansado y hasta digo lúgubre. Unas veces tenía la impresión de que contaba dientes, y otras, de que contaba ojos; el vino, ya se sabe, hace esto y mucho más. Eramos tres lapidarios de juguete, tres bellacos jugando a la fortuna falsa de aquellos cristales.

El consorcio, el tabaco, lo antes dicho, me adormilaban; y, paradójico, me sentía más ligero y creí que hasta alado.

Estaba solo. La habitación era una esmeril-

gún cuentan. Ellas las ponen nombres tradicionales, pero ridículos; yo los he bautizado con los nombres de los amigos que hubiera querido tener. Y soy feliz.

Cuando me enfado con alguno de ellos me paso una semana sin dirigirle la palabra. Luego me reconcilio, y se acaba.

Una vez, en un pueblo de los alrededores de Madrid (pueblo del que el vecindario tiene fama de ser el más bruto de la Península) me corrieron a pedradas porque decían que estaba loco. La verdad es que, estando sentado bajo un árbol charlando con mis dedos, acerque a pasar unos muchachos. Digo que ocurrieron, cuando verdaderamente desacertaron, aunque luego me acertaron con las piedras y con algunas otras cosas. Me rompieron un dedo, al que le tengo asignada una pensión. Es un militista y hay que conversar con él para entretenerlo.

Desde aquel episodio sólo hablo con ellos cuando voy de viaje o por la noche, cuando estamos perfectamente solos. Trabajando, además, su conversación me distraigo al extremo mínimo y no me dejarán tomar parte más que en las conversaciones de tono puramente infantil. Así, pues, me voy defendiendo y no tengo por qué quejarme.

Después, el bastanés; volvió a la realidad con centuplicada cara de payaso y se sonrió, tontolín.

Sobresaltado, el mago, recobrando su calma y su donaire presto, se arregló su blusón con aire de emperador.

Luego entró el andaluz con cara de haber pasado un buen rato. Pagaron la cuenta. La tarde tenía un tinte litúrgico y noble, que los pájaros matizaban con sus vuelos. Abrió el mago la carreta de su carroja para contar una cuerdilla pendona que le sobraba del costal, y llegó la Semana Santa. Hizo unos ojos con la cuerda y guardó en un bolsillo. Se echó al hombro la carga y caminó hacia



do antigua, se alargaba, se curvaba un poco; parecía una hoja de juncia; el Cristo se había transformado en un pájaro verde, maravilloso; se arrancó de la cruz y se echó a volar. Miles de esmeraldas los chinchos; el lavabo andaba, las sillas saltaban a la patas cosa o a las dos patas cojas. Soné que soñaba o simplemente soñé. Ahora me pregunto si sueño.

Dentro de la esmeralda todo era fantástico; yo me repartía por todas partes, yo me usaba a la ventura luminosa de una cara, de un tinglado de caras, de un día verde, de una noche verde, de un sueño de otro, de otro. Soné que estaba muerto y que el pájaro verde se me había posado en el estómago, extiende las alas y me penetraba en las tinieblas interiores.

Acabó aquello a la mañana siguiente, cuando me desperté.

Yo se sonrie el que esto escribe con el anuncio de la balada andaluza. Yo se sonrie, aunque no lo conoce, porque sabe que los andaluces son de natural gracioso. Lo denominan de un modo perfectamente intuitivo. "El hombre que dialogaba con sus dedos". Y comienza la risa.

Nada más nacer, hablé o, por lo menos, hice tal intento. Nada más cumplir los trece años, me puse a trabajar como una mula en un molino, aceitunero, y callé o, por lo menos, lo intenté, aunque más de cuatro palabras rotundas se me escaparon. Despues nunca he tenido ocasión propicia para hablar, por mi oficio y por mis paisanos. A mí me gustaría hablar por hablar, exactamente como los pájaros cantan. Toda mi felicidad se limita a esto. Pero no hay forma, ni manera, ni gente que me escuche, por eso hablo con mis dedos, como hacen los niños de tela, casi los de letras y las monjas de clausura, se-

la estación. El tren venía lejano y chirriaba, y el andaluz se despidió haciendo un bole de sa cuerda. El andaluz caminaba detrás del magnífico dialogo.

Pidieron más vino el afilador y el segador, el acero y la voz, y se marcharon, con la aturdeida cara de hombres de lo montaño, que de todo tiene nostalgia.

Pasó el tren y se fué con ellos. El levanino, en un vagón de tercera clase, destumbrando al concurso con anécdotas, chismes, tranquilos de baja oratoria y vueltas férreas, hacia otras tierras donde el comercio es fácil y la gente ingenua. El andaluz en los topes, aprovechando la aturdeida, pisoado, ensombrécido, dialogante.

Al caer la noche, se fué el juglar gallego por la carretera adelante, empujando su rueda, su corillo abierto, con la pascua del caminillo asomándose por un bolsote del chaleco y pensando clementes de maíz.

El bastanés se quedó solo contemplando el vuelo del primer murciélagos, el osuno humorístico de la luna, la raya verde sobre las montañas del último reflejo solar, y luego, moviendo torpemente los dedos sobre las costillas, el vino que delante de sus varices pagaba todo aquello con la moneda de su fortaleza, de su saber, y que tenía una mariposilla sobre nadando de angustiada.

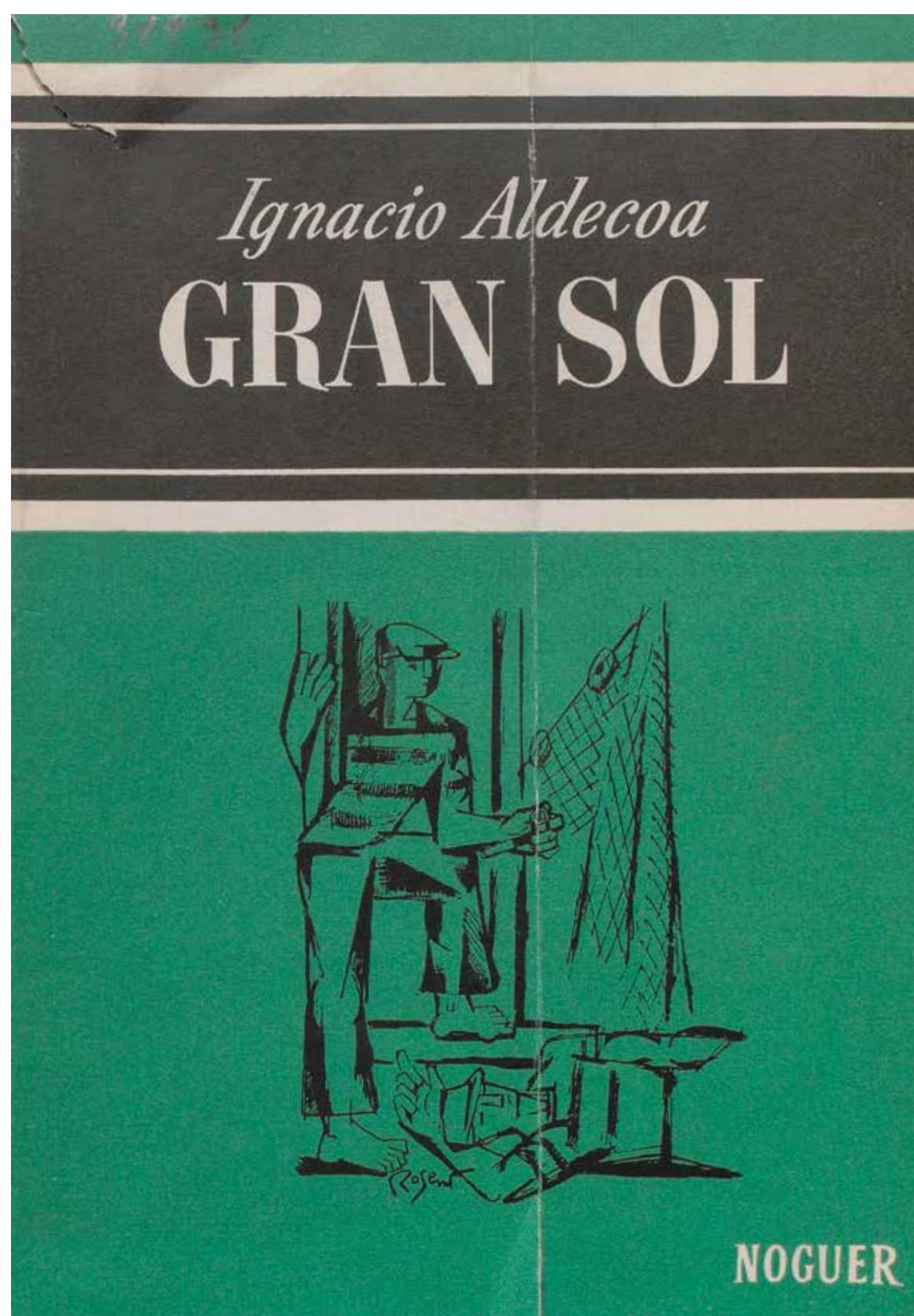
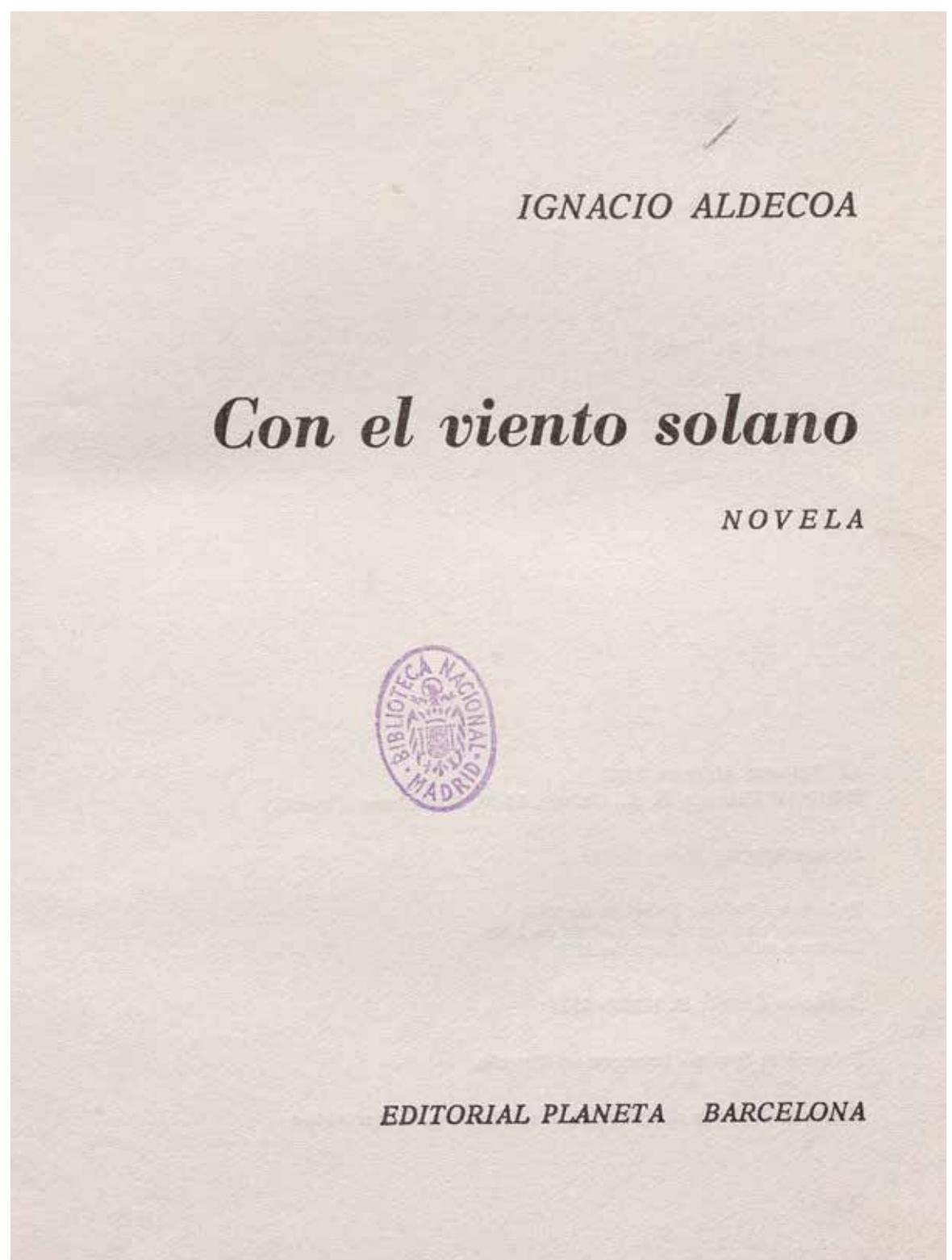
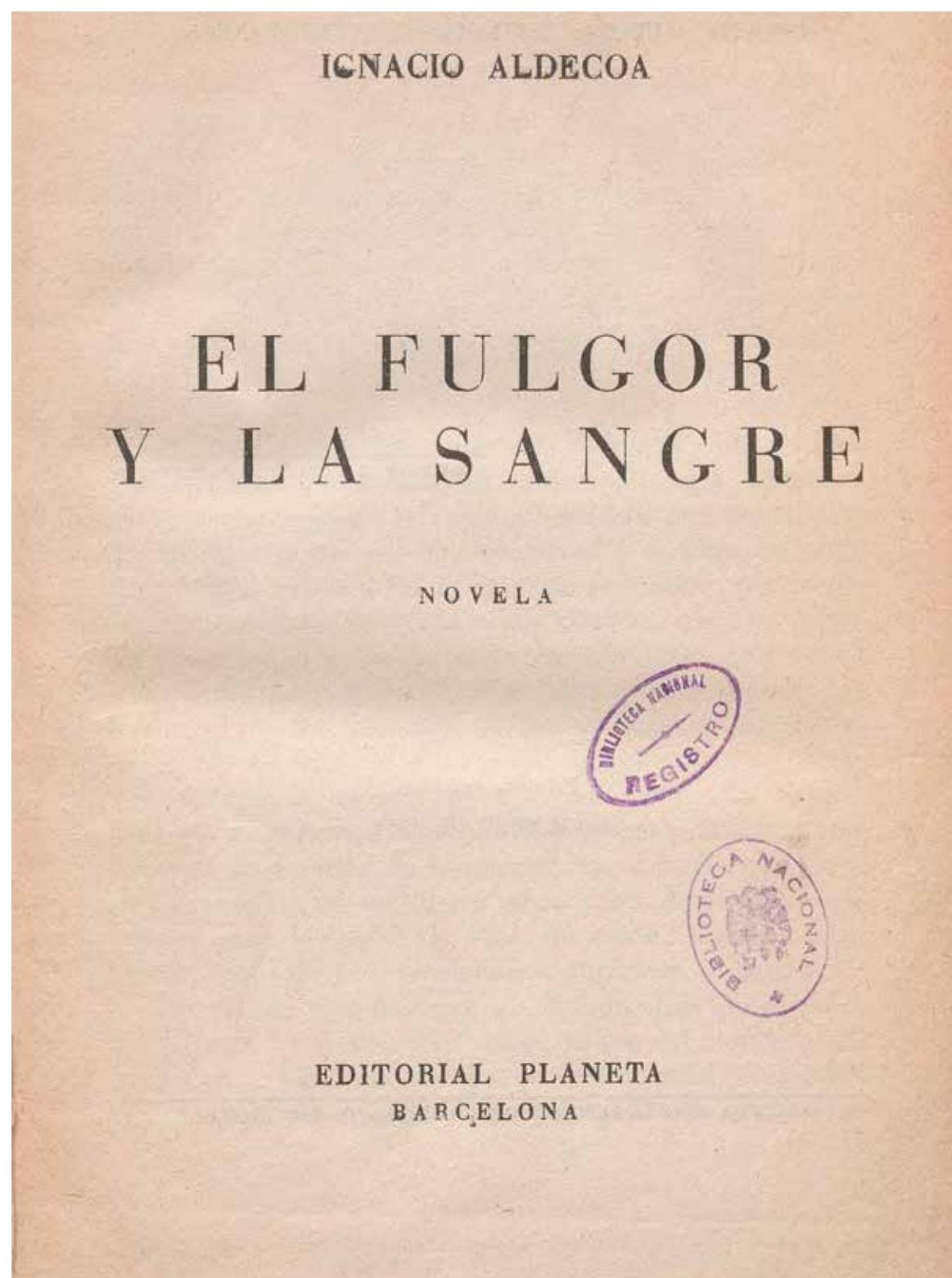
Los cuatro juglares cardinales no se volvieron a encontrar jamás en la "Venta de Paja, vinos y comidas" de Pascual Millán, en el cogollo de la Bureba. El escritor sabe que allí trapezaron sus vidas, que allí comieron y soñaron; sabe que no harán fortuna, que el juglar nunca la tuvo, ni lo necesita, que oscuras entre mago e insecto, entre murciélagos y luna (que son cosas unidas por el tiempo). Sabe que a la vieja le vendrá el mal, porque el refrán lo dice, y porque así será, como así fué.

1 de diciembre de 1950.—CORREO LITERARIO

Antonio Rodríguez-Moñino, y dirigida por Ignacio Aldecoa, Alfonso Sastre y Rafael Sánchez Ferlosio. La revista fue un fracaso económico, y aunque de difusión minoritaria, supuso un espacio de libertad creadora, una ventana abierta al mundo donde los lectores pudieron descubrir algunos ejemplos de lo que se estaba escribiendo en España y en el extranjero.



Ignacio Aldecoa, con Josefina y su hija Susana.
ARCM. Fondo Martín Santos Yubero, 12523_2.



El fulgor y la sangre,
Barcelona: Planeta, 1954.
BNE, 7/22578.

Con el viento solano,
Barcelona: Planeta, 1970.
BNE, 7/83149.

Gran sol,
Barcelona: Noguer, 1957.
BNE, 7/31931.

Esta etapa coincide con el arranque del Aldecoa novelista, que escribirá en 1952 una primera novela corta, *Ciudad de tarde*, finalista del Premio Café Gijón, e inédita en su mayor parte, y una novela larga en 1953, *El Gran Mercado*, también inédita. Finalmente publicará en 1954, 1956 y 1957 tres grandes novelas –*El fulgor y la sangre*, *Con el viento solano* y *Gran Sol*, respectivamente. La primera fue finalista del premio Planeta en 1954, que ganó en esa ocasión Ana María Matute, y la tercera obtuvo el Premio de la Crítica en 1958. Parte de una historia,

para algunos críticos su mejor novela, llegará a las librerías en 1967. En el cajón se quedaron otros textos como *Los pozos*, o *Años de crisálida*, en los que estaba trabajando cuando le sorprendió la muerte y a los que el autor se refirió en varios momentos como libros ya terminados, pero de los que no sabemos nada.



Ignacio Aldecoa en Lanzarote, principios de los años 1960.
Cortesía de Susana Aldecoa, MG/7509.

Esta exposición ofrece una amplia recorrida por la trayectoria personal y literaria de un escritor que gustaba definirse como un simple «narrador de historias». La muestra permitirá a los visitantes conocer a Aldecoa, desde su formación a su consolidación como escritor, sin olvidar su relación con el sur.

con el cine, su pasión por el mar, por los viajes y por ciertos territorios, entre los que destacan las islas –Ibiza, y Lanzarote y La Graciosa –, o Nueva York, recuperando una parte imprescindible y fundamental de nuestra tradición literaria y de un patrimonio cultural que es de todos.



Ignacio y Josefina en Nueva York, 1958.
Cortesía de Susana Aldecoa, MG/7526.

IGNACIO ALDECOA

EL OFICIO DE ESCRIBIR

Del 18 de diciembre de 2025
al 14 de junio de 2026

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

Sala Jorge Juan
Paseo de Recoletos, 20
28001 Madrid
91 580 78 00 – 91 580 78 03/48
info@bne.es / www.bne.es

De lunes a sábado, de 10:00 a 20:00 h.
Domingos y festivos, de 10:00 a 14:00 h.

Entrada gratuita y libre hasta completar el aforo

Visitas con guía de la BNE:
se requiere inscripción previa

Visitas de grupo, con o sin guía propio, (de 5 a 15 personas): se requiere inscripción previa

Información e inscripciones en: www.bne.es/agenda

Aforo limitado

Metro: Línea 4, Colón y Serrano

Autobuses: 1, 5, 9, 14, 19, 21, 27, 37, 45, 51, 53, 74, 150

Cercanías: Recoletos

NIPO: 191-25-008-9

Organizan



AC/E
ACCIÓN CULTURAL
ESPAÑOLA

Colaboran

araba Álava
foru aldundia diputación foral

